

Comunicación, Centralización y Sociedad: Propositiones, Inercias y Provocaciones

Raúl Trejo Delarbre

I.— Descentralización de la comunicación. Participación de la sociedad civil. Esas parecen ser, hoy, las consignas (o llamémosles, estereotipos, nuevas preocupaciones) que articulan foros, encuentros, seminarios y proyectos de comunicólogos y aspirantes a serlo. Qué bueno, pero sólo en principio. Qué bueno que la sociedad (tan ausente como ya se previno hace años; tan ineludible como pudo percatarse, desde hace décadas, Televisa) se encuentre en el centro del discurso, y las preocupaciones de quienes opinan e investigan en torno a la comunicación y la información de masas. Y enhorabuena que salgamos al país, para constatar los pequeños avances y las grandes urgencias de la descentralización. Pero percatémonos además, de que no es sólo por una repentina lucidez, ni sólo por buena conciencia, que nos ocupamos ahora de la sociedad y de la regionalización. Se trata, antes que nada, de auténticas necesidades que no están en nuestra agenda por las urgencias que resultan de una concentración excesiva, que ha llegado a grados difíciles de mantener, en el manejo nacional de los medios. Y también, se deriva esa necesidad de la pobreza de recursos que en materia de comunicación —como en tantas otras— padecemos en este país, particularmente fuera de la ciudad de México.

Pero pensemos, también, que esta casi repentina preocupación por las experiencias regionales y por el acceso de la sociedad en re-

lación con los medios, responde a entusiasmos que pudieran ser solamente pasajeros. Ayer fueron el satélite y las nuevas tecnologías, los asuntos que daban justificación y rollo a seminarios y ponencias. Antier, fueron el derecho a la información y sus múltiples vericuetos. Y así, por la bitácora de quienes promovemos y usufructuamos mesas redondas, volúmenes colectivos, comparecencias múltiples, asociaciones y diversos, ha desfilado en los años recientes por lo menos media docena de asuntos que tan pronto destellan con intensidad capaz de movilizar recursos y entusiasmos, como, igual que el Halley, se alejan de nuestro centro de atención para regresar, si acaso, hasta mucho, mucho después: la comunicación alternativa, los medios y sus trabajadores, las relaciones entre cultura y comunicación, la semiología, la semántica y el sintagma, el odioso y omnipresente imperialismo han sido, entre varios más, *grandes temas* que han seducido, uno tras otro, la atención y los esfuerzos de quienes estudian, enseñan, interpretan —o quienes dicen que a eso se dedican— la comunicación colectiva en nuestro país.

La abundancia de problemas, la juventud de esa disciplina conocida como “ciencias”: (¿por qué en plural?) de la comunicación, así como el desarrollo tecnológico y financiero del que participan hoy los medios, contribuyen a explicar esas constantes cabriolas, de un asunto a otro, entre las preocupaciones de investigadores y profesionales. Hay, allí, razón al parecer suficiente para que hoy nos ocupemos de la regionalización, igual que hace un año pudimos hacerlo del Morelos I o antes, en nuestra a estas alturas prehistoria, de las insurrecciones teóricas estilo Mattelart o de las encantadoras extravagancias de MacLuhan. Esas ciencias sociales (esas sí, en plural) son por definición mudables, desenvueltas, progresivas, heterodoxas inclusive.

Pero los resultados de nuestro trabajo académico (como profesores e investigadores) e inclusive de nuestra formación profesional (como estudiantes) no parecen corresponder, ni mucho menos justificar, tan abruptos cambios en proyectos de académicos o hasta planes y programas de estudio. Antes de haber saldado cuentas con la semiología, hemos brincado a temas de pronto, pero sólo por un rato, más fascinantes, como la comunicación popular y el cuestionamiento al papel del Estado en los medios. Antes de decir todo lo que podría decirse sobre el derecho a la información, hemos preferido ocuparnos de Imevisión, de Televisa o ahora, por supuesto, del Mundial. Y qué bueno que los problemas de hoy formen parte de nuestras reflexiones y opiniones. La cuestión que aquí deseamos

subrayar, es que abandonamos asuntos sin haberlos desahogado como se merecen, cambiamos unos por otros llevados, más que por necesidades académicas, por esa dictadorzuela veleidosa y hasta imprevisible que es la coyuntura, como se ha dado en denominar a la actualidad.

La trivía más que la academia, las ganas de sentirnos contemporáneos de lo que estudiamos más que el diagnóstico científico de las necesidades nacionales, suelen determinar las prioridades en nuestras tareas de investigación y estudio. Y así, posiblemente, no son el desarrollo de los medios, ni mucho menos del país, sino las *modas* "académicas", lo que establece nuestros temas para tesis de licenciatura o posgrado, o los títulos de coloquios y conferencias.

¿Y qué? —van ustedes a replicar—, ¿qué otra opción existe ante ese imperio de la *moda*?, cuando la comunicación colectiva es tan cambiante y cuando tenemos la constante urgencia por al menos tratar de orientar nuestras tareas de acuerdo con la evolución de los medios? De la inquietud que hemos manifestado ante lo que implica esa dictadura de la coyuntura, bien puede desprenderse una tesis, en el sentido más estricto, reaccionaria: no hagamos caso de la efímera novedad; pertrechémonos en el ámbito seguro y durable de los cubículos y el salón de clases; hagamos ciencia pura, es decir, en este caso, *pura* erudición de la menos arriesgada; demos prioridad a los esquemas tradicionales donde el receptor admite y el emisor impone.

Pero no es una comunicación desarticulada de su entorno y su ineludible y hasta saludable modernidad lo que estamos requiriendo, sino una investigación y una docencia tan profesionales como la mayoría de los medios de los cuales se ocupan. Si la *moda* como elemento rector de nuestras preocupaciones resulta cuestionable, no es por lo que tiene de convocatoria a la contemporaneidad, sino por lo fragmentario en que convierte a nuestro trabajo. Al saltar de uno a otro asunto (hoy las antenas parabólicas, ayer la videocassettera, mañana el satélite continental) no estamos actuando de acuerdo con los nuevos y cambiantes desafíos de la comunicación, *sino a la zaga de ellos*. Y eso redundará en superficialidad en nuestro examen, y lo que es peor, en ligereza para la formación de quienes estudian los rudimentos de la comunicación: planes de estudio, y sobre todo lo que se entiende por ellos (suele pensarse que todo cabe en un programa, sabiéndolo interpretar) son modificados, o entendidos, según el capricho o los cambiantes intereses de quienes dan clase en las escuelas de comunicación; carreras de periodismo donde los alumnos jamás visitan (y menos aprenden a conocer) una redacción; especialidades en televi-

sión o radio impartidas a base de voluntad y pizarrón, sin equipo técnico; nódulos de comunicación donde se enseña análisis literario, con todo y descodificación de mensajes ideológicos pero cuyos egresados jamás han aprendido a medir en cuadratines o cómo funciona la PIPSA, abundan en nuestras universidades que tienden a ser, así, semilleros de cuestionadores profesionales, no por vocación sino por incapacidad para hacer otra cosa en relación a los medios. Todo en aras de una libertad de cátedra entendida como salvaguarda del antojo y la individualidad y principalmente, debido a las veleidades que nos impone la *moda* en comunicación.

II.— Hoy nos ocupamos de la sociedad civil, término que Gramsci y otros heredaron de Hegel, que interpretó a Kant, que rectificó a Rousseau, pero puesto en boga por el, en muchos sentidos, conmovedor terremoto de septiembre. Y bordamos sobre las urgencias y opciones de la descentralización, al influjo también del sismo y del desconcentrador discurso del gobierno actual. Más allá de nuestras deliberaciones y/o cuestionamientos, lo cierto es que en ese binomio sociedad civil-descentralización, estamos ante un conglomerado heterogéneo, cambiante y difícilmente aprehensible, aun para el análisis y, por otra parte, ante una necesidad impuesta por el desarrollo mismo del país. La sociedad civil no es un sujeto político¹, ni una noción estática. Inclusive como categoría de estudio, ha sido muy discutida aun cuando parece existir acuerdo; más allá de la ciencia política, en que “al margen del abuso de los empresarios (que identifican, según ellos clásicamente, *sociedad civil* con *iniciativa privada*, deseando proseguir sus secuestros terminológicos), a partir del 19 de septiembre, *sociedad civil* significa, en la capital, esfuerzo comunitario de autogestión y autoconstrucción, espacio al margen del gobierno y de la oligarquía empresarial”². En todo caso, la sociedad civil, para seguir con nuestro afán peyorativo, está de moda. Esa novedosa pasión por ella, arranca desde el terremoto que, entre muchas otras cosas, desempolvó a varios de nuestros clásicos y contribuyó para actualizar el interés por lo que, antes, simplemente era conocido como sociedad o, si se quiere, ciudadanía participativa.

Se ha querido, recientemente, entender a la “sociedad civil” como sociedad no involucrada en partidos ni en agrupación alguna pero, a fuerza de sacralizarla y querer hallarla más allá del terremoto y sus secuelas, se le ha llegado a institucionalizar. Ese manejo en los discursos de partidos de cualquier signo y hasta en coloquios de las mejores intenciones, tiende a desvirtuar lo que en las semanas posteriores a la tragedia septembrina, se conóció como sociedad civil,

concepto que remitía a una idea de pureza, como señaló uno de sus intérpretes: "aquello no contaminado por las trapacerías de la iniciativa privada o de la oligarquía o por las ineptitudes, corrupciones, desvíos, maniobras y torpezas inherentes al Estado"³. Sociedad civil, en todo caso, ha sido entendida como sociedad movilizadora en la emergencia, solidaria en la catástrofe, pero no actuación efímera; agotada en el vértigo de, otra vez, la pasajera coyuntura. ¿Cómo esperar entonces que una sociedad todavía tan inorganizada participe, o siquiera influya, en los medios de comunicación? Más allá de las mitificaciones que por entusiasmo o por pura necesidad hemos llegado a formular, lo cierto es que la sociedad mexicana (con o sin su civil apellido) se encuentra desarticulada, mayoritariamente inmovilizada, pasmada casi por la desinformación, por sus todavía escasas tradiciones cívicas, la desesperantemente insuficiente cultura política, el autoritarismo estatal y las imposiciones ideológicas de grupos privados. Frente a la generosidad y espontaneidad de las brigadas juveniles en apoyo al rescate tras el sismo, prevalecieron los intentos de lucro político de instituciones como el CREA o, peor, el tráfico que con la imagen y el entusiasmo de los jóvenes ha seguido haciendo el consorcio de la televisión privada. Frente a las brigadas voluntarias, el desenfado de XE-TU, contra la solidaridad de los *topos*, la estulticia de los *cachunes*. A medio año de la tragedia, la atención de gran parte de los jóvenes, sector mayoritario de nuestra sociedad, civil o como le llamemos, no está dirigida a la colaboración, la cohesión ciudadana o el auxilio a los desprotegidos, sino a los enredos y matrimonios de Florencia-Christian Bach y de Alberto-Humberto Zurita.

Ese carácter eventual de la ciudadanía cuando actúa como tal o, si se quiere, cuando se convierte en sociedad civil, o esa capacidad potencial, pero hasta ahora esporádica para movilizarse, constituye posiblemente el eje del auténtico problema para que los receptores de los medios sean algo más que eso. En realidad, para que haya algo más que destellos de participación, entusiasmantes pero finalmente pasajeros, sería necesario que la vitalidad demostrada en ocasiones por sectores fundamentales de la sociedad, tenga cauces permanentes para manifestarse y desarrollarse. Es decir, que nuestra sociedad transcurriera, de su tradicional dispersión, a una creciente y cada vez mejor organización.

Cuando los terremotos, como con frecuencia se ha dicho, las ganas de participación superaron las posibilidades de los pocos organismos que para ello existen: sindicatos esclerotizados, partidos truncos en su estructura o, en el más alto sentido, incivilizados, fue-

ron superados por el aleccionador desprendimiento, la natural impaciencia y el reconfortante aliento de millares de ciudadanos. Se demostró allí, la ineficiencia o, en todo caso insuficiencia, de las organizaciones políticas y sociales que hasta ahora tenemos. Pero esa suma de incapacidades, no significa que la sociedad mexicana no requiera de organizaciones. Al contrario. A partir de las que ahora existen, o con otras nuevas, nuestra sociedad tendrá que experimentar un paulatino proceso de auto-organización. O seguirá diluyéndose en catarsis pasajeras y finalmente, dejará de ser sociedad civil.

Así, de la misma manera en que no podemos pensar en una sociedad —civilizada— sin reparar en su organización, tampoco podemos pretender que influya en la orientación de los medios de comunicación sin que antes acceda, aunque sea mínimamente, a formas de organización que contemplen ese objetivo. En este aspecto, nos encontramos todavía más atrasados. Habría tres maneras para que la sociedad receptora, como está siendo costumbre llamarle, influya o participe en los medios de comunicación e información. Una, a través de organizaciones que, aun cuando a la vez tengan otra clase de objetivos, instalen sus propios medios de comunicación y se preocupen por opinar sobre lo que dicen los medios de otros sectores. En este sentido, hasta ahora hay poco qué esperar. Los sindicatos obreros, aun cuando algunos de los más avanzados o perspicaces han expresado preocupaciones por la concentración en los principales medios de comunicación, no han ido más allá de cuestionamientos tan generales como, por eso, de escasa eficacia. Hay organizaciones que dicen querer instalar sus propios medios, pero del dicho al hecho faltan proyectos y sobran declaraciones. Dos ejemplos: uno) la CTM ha llegado a pretender, en los discursos, un canal de televisión propio, pero recientemente ha cambiado esa proposición por la alianza, en perspectiva incierta pero por ahora menos arriesgada, con Televisa; y un diario obrero por ahora, ni pensarse: la llamada asamblea de la prensa obrera que publicitaron mucho pero en la que trabajaron poco los cetemistas, fue un foro para dirimir pretensiones políticas de varios líderes pero que no sirvió para precisar proyectos de comunicación específicos. Y dos) el PSUM, que ocasionalmente tan puntuales opiniones ha tenido sobre asuntos de comunicación, también ha incurrido en esa forma de demagogia que significa anunciar proyectos sin tener ganas ni posibilidades de cumplirlos: hace un par de años dijo que demandaría la concesión de una frecuencia para transmitir por radio, pero nunca tradujo ese afán en un proyecto

más claro. No nos interesa examinar aquí esas experiencias o aspiraciones fallidas sino documentar nuestro escepticismo: aun los organismos más propositivos y menos anquilosados de la sociedad mexicana, en materia de comunicación siguen anclados a los lugares comunes y si acaso, a las críticas solamente ideológicas o de carácter muy general. Y a Televisa, blanco frecuente de nuestros cuestionamientos y obsesiones cívicas, no se le puede exorcisar ni con declaraciones de principios ni sólo con propósitos de comunicación alternativa.

Otra manera para que la sociedad televidente, lectora o radioescucha sea víctima o comparsa de los medios, estaría en la organización explícita, específica, para influir sobre ellos. Esta es la opción más incipiente y, por novedosa, difícil: está la experiencia de la Asociación de Escuchas de Radio Educación, plausible en su carácter pionero y significativa en las numerosas dificultades que la han llevado al, hasta ahora, virtual inmovilismo.

La tercera posibilidad es que los propios medios, sus patrocinadores, se interesen en concitar la participación social. Ya casi nadie se cree que las complacencias telefónicas en la programación musical de la radio o que las cartas a las estaciones de televisión, sean cauces efectivos de participación. Pero en lugar de mecanismos organizados, que permitan una presencia a la vez reflexiva y representativa de la sociedad, los medios electrónicos están desarrollando caricaturas de participación. Imevisión privilegia el estilo injurioso del señor que hace de la cámara y el micrófono instrumentos no para comunicar, sino para agredir y ridiculizar a los desventurados ciudadanos que atrapa *in fraganti*. Televisa despliega un estilo cosificador, que desorganiza al reducir al público a la condición de escenografía en los programas dominicales que todos conocemos y, más recientemente, en las oligofrénicas comparecencias de líderes de opinión "juveniles" como el señor René Casados.

Apabullado entre el espíritu aprovechadizo de la mayor parte de los medios comerciales y el autoritarismo de casi todos los medios a cargo del gobierno, la todavía desvalida sociedad civil se queda pasmada, inerme, desharrapada casi en su debilidad organizativa: cuando no la regañan o ensordecen con discursos tan previsibles como impositivos, la maltratan utilizándola de coartada o como telón de fondo.

III.— Una opción, entre las más creativas y ricas en posibilidades, se encuentra en el desarrollo de medios, sistemas o formas de comunicación regional. No queremos aquí hacer el inventario de las experiencias —por fortuna son varias ya— de radios o televisoras re-

gionales que recientemente han avanzado con buen éxito, sustentadas en esfuerzos para, además de propiciar el desarrollo de culturas y la divulgación de informaciones de carácter local, promover la participación digna y regular de sus públicos. Nos interesa más bien, para seguir en este papel de abogados del pesimismo, señalar algunos riesgos que advertimos en la posible insistencia, sin matices, en una comunicación exclusiva o excesivamente localista.

a) La promoción de una visión sólo *regional* de la crisis del país, por citar el ejemplo más obvio, tendería a restarnos posibilidad para superar tal problema, al tender a fragmentarnos. Abandonar una perspectiva *nacional*, en beneficio de ópticas más concretas o más locales, puede debilitar nuestro difícil federalismo, o hasta el nacionalismo, en lugar de atenuar prácticas centralistas o autoritarias.

b) Los medios de comunicación, supeditados sólo a fuerzas políticas locales, si bien pueden ser reductos de participación social, pueden convertirse también en trincheras de caciques o en patrimonio de funcionarios estatales o municipales, cuyos intereses a menudo, lejos de encontrarse fiscalizados por los ciudadanos, llegan a buscar autonomía respecto del control federal, para defender afanes ilegítimos y antidemocráticos. Acudamos a un ejemplo ajeno a la comunicación: recientemente, alguna parte del movimiento obrero se opuso a la descentralización de las juntas federales de conciliación argumentando que, si estuvieran supeditados al arbitrio de gobernadores o fuerzas locales, sería más frecuente que sus fallos se orientaran en contra de los trabajadores. Paradojas del centralismo.

c) Una excesiva descentralización, si bien puede significar defensa de valores locales frente al a menudo molesto e inequitativo centralismo político, social y económico, también puede significar, junto a otros riesgos, caer en actitudes constreñidas al folclorismo. Entender los problemas regionales, en ese marco, sería lo más difícil, posiblemente, que comprenderlo en la pobre pero general dimensión nacional que ahora prevalece en la mayor parte de los medios. En algunos sitios, el desarrollo de fuerzas políticas poco proclives a la defensa de intereses (más allá de la palabrería oficial) que puedan considerarse nacionales, tiende a propiciar una "regionalización" que en realidad, los intereses de élites locales buscan entender como fragmentación. ¿Cómo se traduciría, por ejemplo, la regionalización de los medios en Chihuahua o en Sonora, desde la perspectiva del Partido Acción Nacional?

d) No basta con descentralizar sin más. Para que regionalizar

no sea sinónimo de dispersión, es preciso responder a dos necesidades simultáneas. Una, se encuentra en el derecho que cada ciudad, municipio, estado o región, tiene para contar con sus propios canales de comunicación —capaces de abordar problemas específicos y de tener una programación de acuerdo con los intereses concretos de cada auditorio—. La otra, no más importante pero tampoco menor, que la primera, es la necesidad de contar con una perspectiva nacional en la información, el examen y la explicación de asuntos que son de todo el país. Y aquí existen, a su vez, dos vertientes. Una, es la de un tratamiento oficialista, trillado y ya conocido, en fin, de los asuntos del país. La otra, se encontraría en una política de comunicación nacional diferente, capaz de atender a las inquietudes y a la pluralidad, que tienden a desarrollarse en nuestra sociedad. No basta, entonces, con descentralizar sin más. Deben tomarse en cuenta los intereses peculiares de cada comunidad, y los más amplios, y necesarios, de esa colectividad que se articula como nación.

IV.— Las anteriores son, por supuesto, preocupaciones de carácter general que es preciso matizar de acuerdo con experiencias regionales peculiares. En la búsqueda de mecanismos reales, eficientes, para atender preocupaciones como las ya señaladas, es necesario trascender las certidumbres, cómodas pero insuficientes, a las que a menudo limitamos nuestro análisis de los medios.

Es frecuente, por ejemplo, que nuestros trabajos de investigación se limiten a “demostrar” lo ya sabido: que los medios en su mayoría, sirven a lo que suele entenderse como clase dominante; o que son horrorosos y deformadores aparatos ideológicos del estado; o que las políticas estatales de comunicación no constituyen ni auténticas políticas, ni son del estado entendido éste en su sentido menos dogmático; o que los medios casi todos, se orientan por intereses mercantiles . . . Esas, que todavía siguen siendo Grandes Verdades a demostrar en proyectos de estudiantes y aún profesores y profesionales de la comunicación, nos lleva únicamente a perder el tiempo o a documentar lo que ya se sabe: no son, en realidad, hipótesis útiles, sino certidumbres a partir de las cuales debiéramos ensayar nuevas rutas de investigación.

Así ocurre con esta *moda* en la que, como en tantas ocasiones anteriores, se ha convertido la discusión sobre sociedad civil y descentralización de la comunicación. Corremos otra vez, el riesgo de quedarnos en los recuentos ya sabidos, en las exhortaciones donde la buena fe no es garantía de novedad ni de rigor, en la reiteración de fórmulas que no por tranquilizadoras o autocomplacientes, dejan

de ser meros lugares comunes. *¿Sociedad civil?* Sí, pero *¿cómo*, a partir de qué, con cuáles objetivos en materia de comunicación?

¿Descentralización y regionalización? De acuerdo, pero *¿con* qué mecanismos de participación, con cuáles contrapesos frente a poderes y cacicazgos locales, en qué ubicación nacional?

Si somos capaces de entender estas cuestiones como parte constante de nuestra agenda de hoy, y por lo menos hasta el milenio, posiblemente hagamos de ellos, en lugar de modas, las prioridades que requieren el desarrollo de una comunicación *de* la sociedad y *para* la nación.